

*Claudio de la Torre**

AGUSTÍN MILLARES CARLO

Sean mis primeras palabras para agradecer al claustro de profesores del Colegio “Claudio de la Torre” de El Carrizal, la oportunidad que me brinda, al inaugurar el curso académico 1978-1979, para hablar a ustedes de la ilustre personalidad literaria que da nombre a este prestigioso centro de enseñanza. Quiero aprovechar la ocasión para expresar también el testimonio de mi gratitud al Ayuntamiento de Ingenio, y a su digno alcalde-presidente, por el honor tan grande como inmerecido, de haber rotulado con mi nombre, que poco o nada significa, una de las calles de su ciudad, y a don Luis Rivero Luzardo, a quien tanto deben la cultura y el progreso de este pueblo, por la distinción, que en mí produce una emoción no exenta de orgullo, de haberse acordado para bautizar la biblioteca de temas canarios que con tanto esfuerzo y tesón ha creado, no ya de mí, sino de aquel espíritu de excepción que fue mi hermano Juan.

Fácilmente se les alcanzará a ustedes que debiendo hablarles de un escritor como Claudio de la Torre, tan íntimamente ligado a mí mismo por la larga convivencia y el estrecho parentesco, tendré que referirme por necesidad, y no por el hipo de vanagloria, a algunos sucesos de mi propia vida; pero les prometo que esto sólo será en la medida de lo estrictamente indispensable. También debo advertir que las notas que siguen provienen de ciertas memorias que ahora redacto, todavía muy en fáfara, y que Dios me deje acabar y acaso dar a la luz pública, cuando se me depare tiempo y vagar para colmar sus muchas lagunas.

* Conferencia pronunciada pordon Agustín Millares Carlo, en El Carrizal (Gran Canaria), con motivo de la inauguración del curso académico 1978-1979.

Claudio de la Torre, originariamente Néstor, nació en Las Palmas en 1895, en la plaza de San Bernardo, y se le bautizó en la parroquia de San Telmo. Fueron sus padres Bernardo de la Torre y Cominges, renombrado hombre de negocios, y Francisca Millares Cubas, hermana de Luis y de Agustín, literariamente conocidos como los Hermanos Millares. Andando los años, escribiría Claudio la siguiente bella página, que intituló *Confidencia a Oscar Falcón Ceballos*:

Me gustaría un día, ese día que no sé cuándo llegará, recorrer a pie mi ciudad de Las Palmas, despacio, sin prisas, con tiempo suficiente para olvidarme de volver a Madrid en el primer avión. ¡Mis últimas visitas fueron tan fugaces! Emprendería mis paseos desde la plaza de San Bernardo, donde viví muchos años felices. La plaza no es hoy la misma, pero se le parece mucho. Tras las paredes de los nuevos edificios se ocultan las fachadas de los viejos lugares, como el rostro humano tras el antifaz. Yo no podría delinear con pulso firme las ventanas y el balcón de mi casa, porque el dibujo quedaría balbuciente, como la voz del enmascarado... Luego... andaría por las otras calles de la ciudad, por todas, una por una, recogiendo recuerdos. Porque siempre se ha dicho que al cabo de la vida, cuando se han vivido muchos años, son un tesoro los recuerdos: el tesoro de un hombre avaro que cuenta y recuenta sus dineros para sentirse seguro de sí mismo. Lo que no está del todo mal para seguir viviendo.

La mansión aludida en el anterior fragmento constaba de dos plantas. En la alta vivía Claudio con sus padres y sus hermanos: Bernardo, prematuramente desaparecido, Francisca Sofía, viuda del inolvidable Ignacio Pérez Galdós, con quien habría de contraer matrimonio en 1918; María Rosa, esposa del ilustre catedrático y académico Ramón Carande Thovar, y Josefina, conocida actriz y escritora. En la planta baja residía mi abuela materna, doña Encarnación Cubas, a quien recuerdo como una frágil y delicada anciana. Haciale compañía la única soltera de sus hijas, María, mujer de extraordinaria personalidad, de gran cultura libresca y de envidiable memoria, hábil polemista, y tan amante de sus pequeños sobrinos -mis primos y mis hermanos- que todas las tarde, cediendo a nuestras instancias, nos relataba las aventuras de los héroes de Alejandro Dumas, padre, y sobre todo de Julio Verne, y nos confesaba ingenuamente que desde joven habíase abstenido de tomar azúcar, por no verse privada de ésta si alguna vez le acontecía embarcarse en demanda del polo norte. Todo esto tenía por escenario la primitiva playa de las Canteras, que poco tiene que ver con la actual, con su clásico montón o terreguero, por el que bajábamos hasta la orilla del mar, caña en ristre para pescar roncadores desde la barra chica o embarcados en la buceta de los Castro. Claudio, dos años más joven que yo, era siempre de la partida, y había materialmente que cazarnos, en estado semisalvaje, para llevarnos a los ensayos de

las parodias operísticas de *Hugonotes*, de *Aida* y de *El Trovador*, cuando menos, que mi padre y mi tío Luis escribían al son de músicas populares o de zarzuelas, y que se representaban, sin más acompañamiento que el de la guitarra, hábilmente manejada por Néstor de la Torre, para divertimento de propios y extraños.

En este ambiente (recuerdo que en la pequeña sala de la casa de nuestra abuela en San Bernardo, podíamos contemplar curiosos las tertulias de los mayores, sus comentarios sobre cuanto de notable acontecía en la ciudad, en especial el paso por ésta, muy frecuente a la sazón, de artistas famosos, y hasta el sorprendente espectáculo de Camilo Saint Saëns, el gran organista de Notre Dame de París, y celebrado autor de *Sansón y Dalila*, de *La rueca de Onfala*, del vals canario y de las campanas de la Catedral de Las Palmas, cantando con voz atiplada la cavatina de Rosina del *Barbero de Sevilla* de Rossini). En este ambiente, digo, hubo de formarse el espíritu de Claudio, y sospecho que él sembró en su mente tempranas aficiones literarias.

Estudió mi primo el bachillerato en el Colegio San Agustín, dirigido por el venerable don Diego Mesa de León, severo y bondadoso a un mismo tiempo. Allí tuvimos por compañeros, entre otros que ahora escapan a mi memoria, a Juan Bosch Millares, honra de la medicina canaria y su historiador, y aquel hombre excepcional que fue Simón Benítez Padilla, uno de los personajes de mayor talento y de cultura más extensa, sólida y varia que nuestra tierra ha producido. Llegado el momento de elegir una carrera, Claudio, después de ampliar sus conocimientos en el Brighthton College de Brighthton, Inglaterra, inclinóse por la ingeniería y se inscribió en la escuela especial de Upper-Norwood de Londres; pero la primera guerra mundial de 1914 le obligó a regresar a España, y a emprender nuevo rumbo hacia los estudios de la Facultad de Derecho en Madrid y en Sevilla, donde se graduó de licenciado en 1920. Desde antes de esta fecha, tanto Claudio como yo éramos asiduos concurrentes al Ateneo de la calle del Prado, donde habíamos sido presentados por Tomás Morales y por Enrique Díez Canedo. Referirme al primero, sería ocioso; pero del segundo, a quien tendré que mencionar más adelante, quiero recordar que sobresalió, a mi entender, en el ejercicio de una crítica competente, imparcial y documentada. Hombre además ingeniosísimo, redactó durante años en el diario madrileño *La Voz*, su famosa *Cena de las burlas*, en la que, con singular donaire, ora en prosa, ya en verso, comentaba la actualidad literaria y política. De su facilidad para la improvisación poética citaré un par de anécdotas, a fin de amenizar un tanto las presentes notas, tan áridas. Tuvo lugar la primera en una de las cervecerías, ya desaparecidas, de la madrileña plaza de Santa Ana, donde, en presencia de cierto succulento embutido, servido como aperitivo, exclamó Díez Canedo:

Desde tiempos de Witiza
y el que venció en Covadonga,
no he comido mejor longaniza.

Fue escenario de la segunda una playa de Alicante. Paseaba por ella Canedo con el inolvidable Pedro Salinas, cuando un golpe de viento arrebató hacia el mar de la cabeza del poeta el sombrero, por boca del cual improvisó don Enrique:

Hasta ayer cubría un cráneo
de noble circunferencia;
hoy cubro el Mediterráneo:
No advierto la diferencia.

Hacia esta época inició Claudio gran actividad de escritor con colaboraciones en periódicos de Las Palmas, adonde se desplazaba durante los veranos, y mucho más tarde en la revista *España*, en la que figuraban escritores del tamaño de Ortega y Gasset, de Manuel Azaña, de Luis Araquistain, de Fernando Vela, del citado Díez Canedo, de Luis García Bilbao, editor del *Lino de los Sueños* de nuestro Alonso Quesada, y mucho más. El primer libro de Claudio data, como veremos, de 1918, y a partir de entonces, su producción literaria no se detuvo. Tal vez, exceptuando los años de la infancia y adolescencia, haya sido esta la época en que con más intimidad le traté. El Ateneo de Madrid no era entonces el que hoy, después de su reciente reforma conocemos. Su actividad se desarrollaba en tres de sus dependencias: la biblioteca, magníficamente dotada no sólo de un fondo de libros fundamentales, sino de los más modernos en las diversas actividades del espíritu, y de una inigualable riqueza en revistas de todas las especialidades; la cacharrería, habitación al pie de la escalera principal, lugar de reunión de lo más granado de la intelectualidad de la época, especie de “sancta sanctorum”, donde los bisoños no nos atrevíamos a penetrar: allí columbrábamos la presencia de don Jacinto Benavente, cuando se decidía a dejar su tertulia del Gato Negro, junto al teatro del Príncipe; de Unamuno, en sus breves apariciones por Madrid; de los hermanos Álvarez Quintero y, sobre todo, del imponderable don Ramón María del Valle Inclán, cuyas ruidosas discusiones sobre la guerra carlista, en la que decía haber perdido un brazo, con el general Vallés, especie de fauno gigantesco, y autor de un libro, o quizás de varios, con el relato de sus andanzas cinegéticas, hacían salir a la gente sobresaltada de la paz de la biblioteca. Allí se veía a don Horacio Bentabol, ingeniero agrónomo y empecinado contradictor de Einstein, graduado en derecho, según era fama, para defenderse de su propia señora, y al inefable don Perfecto Chapado, que así se llamaba, aunque no lo parezca, quien ante la atrevida afirmación de un novel erudito de que una princesa egipcia, que contemporánea de Ramsés II, vivió por lo menos hace unos miles de

años, había sido un tanto ligera de cascos, se le fue encima, gritando airadamente, que no consentiría que en su presencia se ofendiera el honor de una señora ausente. A Valle Inclán lo pinta de cuerpo entero una verídica anécdota: y es que hallándose en cierta ocasión gravemente enfermo, y haciéndose necesaria una transfusión, rehusó airadamente el autor de las *Sonatas* el ofrecimiento de cierto donante escritor, diciendo con aquel su ceceo característico: “¡Ese no! ¡Ese no!, que me llenará la sangre de gerundios”. El tercer lugar de la docta casa era el salón de sesiones, donde se desarrollaban, además de conferencias, representaciones teatrales y conciertos, dos principales actividades: las juntas generales, escenario de los debates más enconados y pintorescos, y recinto donde oradores, destacados luego, hicieron sus primeras armas, como Manuel Azaña, el más completo, correcto y espontáneo que yo haya oído en mi vida, y la discusión de memorias tales como las que versaron sobre si la forma poética estaba o no llamada a desaparecer, o sobre si Cristo había existido o era pura entelequia; y menos mal que puesto a votación este último problema, triunfaron por escaso margen los partidarios de la tesis afirmativa. En esta sala recuerdo que leía en cierta ocasión un libro de poemas doña Blanca de los Ríos de Lampérez y Romea, y allí estábamos Claudio y yo, en la grata compañía del antes recordado Pedro Salinas. La gente, como suele ocurrir, iba ganando discretamente las galerías, cuando, coincidiendo con un éxodo de público casi en masa, declamaba doña Blanca el siguiente verso:

¡Idos! ¡Dejadme aquí con la barbarie negra!

lo cual motivó nuestra inmediata y precipitada huida del salón.

Claudio, conocido ya ventajosamente por varios éxitos literarios, contrajo matrimonio en 1933 con Mercedes Ballesteros, hija de don Antonio, insigne americanista, y de doña Mercedes Gaibrois, oriunda de Colombia, y única mujer que haya ocupado un sillón de número de la Real Academia de la Historia, en reconocimiento a sus investigaciones sobre el reinado de Sancho IV el Bravo. A partir de entonces, su asistencia a la docta casa se hizo menos frecuente, aunque nunca llegó a interrumpirse del todo.

Dos años antes, en enero de 1931, se organizó en Las Palmas una memorable semana galdosiana. Claudio y yo manteníamos estrechas relaciones de amistad con Ignacio Pérez Galdós, sobrino de don Benito, pues era hijo de su homónimo, que falleció en el desempeño del elevado cargo de capitán general de las Islas. De la mano de Ignacio, hombre de gran cultura, de sensibilidad exquisita y de ejemplar caballería, penetramos en la inolvidable casa de Hilarión Eslava, residencia del autor de *Fortunata y Jacinta*. Vivía éste, como es bien sabido, en compañía de su sobrino don José Hurtado de Mendoza, hermano del que fuera alcalde de Las Palmas, don Ambrosio, y de don Hermenegildo, de grata memoria. Aconteciéndonos alguna vez ver a don José

tocando el piano a cuatro manos con una muchachita morena, que respondía al nombre de Rafaelita, y que era hija de Machaquito, torero antaño de gran fama. El motivo de la presencia de esta joven en la mansión de don Benito merece ser recordado. Don José, que era ingeniero agrónomo, hallábase ocasionalmente en cierto pueblo andaluz, en no sabemos qué misión de carácter oficial, y por disipar su aburrimiento, se le ocurrió entrar en el ambiente, para él hasta entonces desconocido, de la plaza de toros. En ésta actuaba por acaso Machaquito con tan adversa fortuna, que el público le maltrató, no sólo de palabra, sino con arrojar al ruedo almohadillas y otros objetos más contundentes. La cosa tomó tal cariz, que don José creyóse en el caso de entrevistarse con el diestro y expresarle su protesta por la conducta del que los revisteros llaman “el respetable”; y de este insólito suceso se originó entre el ingeniero y el matador, padre de Rafaelita, tan estrecha amistad, que años adelante pasó la niña a vivir con don José, que la adoraba, y que se hizo cargo de su educación y porvenir. Ella reside actualmente en México, donde buscó refugio al término de la contienda civil.

Me alargaría demasiado, si fuera a contar por menudo mis recuerdos de aquellas entrevistas con don Benito. Retomando el hilo de mi discurso, sólo diré que con motivo del homenaje antes mencionado, once años después de la muerte de Galdós, vinimos a Las Palmas, especialmente invitados con otras personas, entre las cuales recuerdo a Ramón Gil Roldán, Claudio y yo. Leyó Claudio en el teatro Pérez Galdós una hermosa conferencia, en la cual analizó hábilmente los tipos que en sus obras ideó y creó el novelista y dramaturgo canario, comparándolos con las que concibiera Pereda, y puso frente a frente dos tendencias: la actitud condenatoria del autor de *Peñas arribas* contra el error, y la del perdón por comprensión humana de Galdós; en Pereda, dijo, hay algo así como sentimientos de una clase privativa, de un sector determinado: la nobleza del hidalgo y la sencillez del rústico. Ambos, agregó, pueden ser buenos, pero cada cual a su manera. Galdós creó un tipo de bondad, la bondad misma, bondad como única solución; tolerancia en los efectos y en los vicios; ni condena, ni maldice. A Galdós le mueve el interés por la vida moral y social de la época, es decir, el interés por la humanidad.

No quiero omitir, y me van ustedes a perdonar el recuerdo, que en las cuartillas que leí en aquella solemnidad, evocaba la figura de Galdós, ciego ya, ora hundido en su sillón, ora en el lecho, atento el oído al tañer de unas campanas que le traían a la memoria el de las de su ciudad nativa, o preguntándonos por los charcos de junto al barranco donde “echaba” de niño sus barquitos, o contándonos de una señora canaria que obsesionada por el recuerdo de su isla, se alargó a interpelar en una calle de Madrid a cierto sujeto, que, dado su talante, se le antojó ser su paisano, espetándole de improviso: “¡Cristiano!, ¿usted es de Telde?”. Con estos y otros parecidos datos me proponía demostrar, y era verdad, que sin hacer caudal de los varios viajes de Galdós a Las Palmas, de

la raigambre canaria de algunos de sus personajes y de otros detalles que tan a fondo estudiados ha divulgado ya en parte y divulgará con mayor detalle José Pérez Vidal, perduraba en el corazón del noble anciano la imagen viva de la tierra que le vio nacer, por cierto que el discurso de marras me valió —y es ésta la primera vez que lo digo en público— recibir una carta firmada con nombre supuesto, en la que se me injuriaba gravemente y se me tildaba de embustero. Hoy recuerdo esto como anécdota, pero debo confesar que entonces me sentí profundamente dolido.

A propósito de *Tic-tac*, obra de la que luego hablaré brevemente, confesaba Buero Vallejo, uno de los grandes actuales de nuestro teatro, que su celebrada *Historia de una escalera* debió no poco a la primera parte de la comedia de De la Torre; y tras de referirse a su labor al frente del María Guerrero, “puesto que abandonó dignamente, después de fecundas programaciones, en las que, de verdad, ofreció valiosas oportunidades, no siempre cómodas para él, a dramaturgos españoles más jóvenes”, añade, con notables y justas palabras, que “en este mundo de resentimientos, amargas y zanacillas, conforta inmensamente comprobar que la amistad y la hombría de bien no siempre son palabras vanas. ¿Cuánto no debemos, unos y otros, concluía, a este extraordinario autor, que es, además, un hombre bueno?”

Pues bien, este escritor, este hombre bueno, estaba ya señalado por el destino, y su muerte, a los setenta y ocho años, no dudo en calificarla de prematura, pues era mucho lo que todos esperábamos todavía de su preclaro talento y extraordinaria actividad. La última vez que le vi, pues los azares de la vida me llevaron de nuevo lejos de Madrid, no fue en la casa de Oria 5, su residencia de tantos años, en la cual gustaba de reunir a sus amigos más selectos, sino en el hogar de Elena Quiroga, la ilustre novelista, y de Dalmiro de la Válgoma, a la sazón bibliotecario perpetuo de la Real Academia de la Historia. Debió de ser en febrero de 1971, mes en que cada año el matrimonio nombrado consagraba unas horas a recordar la vida y la obra de Melchor Fernández Almagro, a quien Claudio estaba unido por una sólida amistad, y de quien comentó agudamente el libro titulado *Viaje al siglo XX*, en el que su autor acertó a embellecer más de doscientas páginas con la breve experiencia mágica de sus primeros doce años. En aquella reunión Mercedes Ballesteros evocó la conmovedora imagen de aquel inolvidable amigo y de su madre, en el alucinante escenario de la embajada de México, donde habían buscado refugio durante la guerra civil. Poco después, el 11 de enero de 1973, desaparecía de entre nosotros el gran escritor canario.

Joaquín Calvo Sotelo, que le había conocido desde 1931, fecha en la que Claudio, aun no cumplidos los cuarenta años, era tenido por maestro y orientador de noveles autores, escribió acertadamente, pocas semanas después de su muerte, que nuestro paisano “ejerció sin tregua, respecto de cuantos se le acer-

caron en vida, que fueron muchos, una especie de tutoría y de magisterio singulares”. Lo describe físicamente, tal y como yo lo recuerdo, “ya con el pelo prematuramente encanecido, ya con los ojos reguardados tras las gafas, con su tez de montanero, aunque no lo era, con sus manos pequeñas, gordezuelas y semiabaciales, con su sonrisa —flor de cortesía— permanentemente dibujada en sus labios”, y al evocarlo moralmente, destaca su profunda antipatía por la falta de sinceridad, su aversión a la pedantería, así como su desinterés, y lo califica de “resplandeciente caballero, alma virginal y pluma tersa”.

En 1918 publicó Claudio de la Torre un libro de versos *El canto diverso*, y en 1920, otro de cuentos, al que tituló *La huella perdida*. Cuatro años más tarde obtuvo con su novela *En la vida del señor Alegre* el premio nacional de Literatura. Su primer ensayo teatral *Un héroe contemporáneo*, estrenado en el escenario del Fontalba en mayo de 1926, lo recibió el público con beneplácito, por las cualidades de gusto y sobriedad de su arte; y si la segunda de sus comedias, *Paso a nivel*, a cuyo estreno asistí en mayo de 1930, pasó sin pena ni gloria, dejóle, según la expresión de uno de los críticos más exigentes del momento, en buen lugar para nuevos empeños. El éxito feliz no se hizo esperar, y le llegó a Claudio con *Tic-tac*, comedia que subió a la escena poco después, en diciembre del mismo año, en el teatro Beatriz. “Digamos ya —escribió Enrique Díez-Canedo, que es el crítico aludido, en un artículo publicado a raíz de la representación de esta obra, y que recogió en el volumen titulado *El teatro español de 1914 a 1936*, editado en México en 1968— que *Tic-tac* es la escenificación de un sueño... El hijo, que no de otro modo se llama en la comedia el protagonista, es un mozo exaltado, en rebeldía contra la existencia de privaciones a que le condena su mezquino medio familiar; el padre, empleado de escaso sueldo, expuesto a quedarse sin él cuando los años lo agobien; la madre, resignada a la faena doméstica; la hermana, de frágil salud. Él sueña de día y vaga de noche por las calles. Una vez, la angustia de su existencia diaria se ha hecho más aguda: ha visto el apuro de los suyos, ha escuchado, como una recriminación, su queja, y al quedarse dormido, todo aquello se entretejió con el sueño, con las preocupaciones de su mente: con la tentación del suicidio, con el miedo a un más allá, en que acaso persistieran las desigualdades de la tierra; con el horror de su propio destino, incorporado a un ser desmembrado, miserable... Del pavor de ese sueño ha salido una lección; lo que no ha sido puede ser, y el hijo ya no desdeñará el trabajo, ya no verá en los suyos más que el amor, y ya no encontrará en ellos más que el calor familiar”.

La catástrofe que se abatió sobre España poco después, apartándome de Madrid, me alejó de Claudio por más de veinte años; tenía, empero, noticias de su incansable actividad, de sus triunfos, de su reiterada aparición ante el público, de la autoridad con la que ejercía la dirección del Teatro María Guerrero. Citaré algunos títulos: *Quiero ver al doctor*, en colaboración con su mujer Mercedes Ballesteros (1941); *Hotel Terminus* (1944); *La cortesana*,

1952, año en que me decidí a regresar temporalmente a España, apremiado por la llamada imperiosa de la tierra y por el irrefrenable deseo de convivir con los míos después de tan largo destierro. ¡Y qué emoción la del reencuentro con Claudio, su alborozo al escuchar sorpresivamente mi voz por teléfono y el abrazo inacabable con que nos saludamos! Me hallaba en Madrid cuando obtuvo el premio nacional Calderón de la Barca en 1965, con una de sus mejores comedias, la titulada *El cerco*.

Años antes, en 1962, con motivo de la celebración del IV centenario del nacimiento de Lope de Vega, la compañía que dirigía José Tamayo estrenó en el teatro Guimerá de Santa Cruz de Tenerife, la comedia del Fénix de los Ingenios intitulada *Los guanches de Tenerife y conquista de Canaria*, en versión libre de nuestro Claudio, sobre el texto divulgado por la edición de la Real Academia Española, con prólogo eruditísimo de Menéndez Pelayo. El propio adaptador confiesa en una breve introducción, que la necesidad de construir la obra de acuerdo con el gusto teatral de nuestros días, exigió la alteración del orden de algunas escenas, reducción de otras y aclaración de muchos de los versos, a veces laberínticos, de Lope. Esta difícil tarea la llevó a cabo Claudio con un acierto que revela el profundo dominio que tenía de la técnica teatral y de todos los secretos de la escenografía. Lope, como es sabido, se inspiró para esta obra, de una parte, en el poema en verso suelto y octava rima *Antigüedades de las Islas Afortunadas de la Gran Canaria* del bachiller Antonio de Viana, y de otra, se utilizó largamente de la *Aparición y milagros de nuestra señora de Candelaria* del dominico fray Alonso de Espinosa, obra de la que proceden los detalles que hay en la comedia sobre la vida y costumbres de los aborígenes isleños. Y así no es de extrañar que en la pieza en cuestión —relato, en líneas generales, de las invasiones de Tenerife por Alonso de Lugo, al frente de las expediciones organizadas en Gran Canaria, isla perteneciente ya a la corona de Castilla— sobresalgan, hábilmente puestos de relieve por nuestro comediógrafo, dos episodios: los amores del capitán Castillo y de Dácil, hija del rey guanche, y la aparición en el acto tercero de la patrona de Tenerife a los pastores Manil y Firán. Y si como ejemplo del mejor teatro poético del Siglo de Oro puede citarse el encuentro, en el primero de esos pasajes, de ambos personajes a orillas de la laguna, donde luego habría de alzarse la actual ciudad episcopal y universitaria, no le va a la zaga el segundo episodio aludido, que constituye uno de los más entrañables retablos de la escena española. ¡Grande acierto el de Claudio en esta adaptación, como lo tuvo en la que realizó con *Muérete y verás* de Bretón de los Herreros y con alguna otra comedia!

No fue la nueva escenificación lopesca el único fruto del irrestricto amor de Claudio de la Torre por su tierra de origen. Demuéstranlo ser así su libro *Geografía y quimera*, en el que reunió muchos importantes artículos, entre ellos algunos sobre Canarias, y el titulado *Gran Canaria, Fuerteventura y*

Lanzarote. Guía de arte y literatura, que vio la luz en 1966, y la estremeceadora novela , última, que sepamos, de las que publicó, que data de 1971, en la que nos presenta el sombrío espectáculo de la epidemia de cólera que asoló nuestra ciudad en 1842, arrancado insuperablemente a un verídico y documentado relato histórico de nuestro Néstor Alamo. Añadamos que en 1966 fue de la Torre corresponsal en Londres del diario madrileño ABC, y que antes, por tiempo de diez años, trabajó en la Paramount, para la cual dirigió varias películas.

He pretendido, amigos míos, presentar con mi torpe palabra, situándolo en el ambiente literario y artístico en que le tocó vivir, al escritor, al comediógrafo, al novelista, al poeta, al periodista, y asimismo al hombre, al personaje caballeroso y sin tacha, incapaz de una incorrección, amante de los humildes y enemigo de la ostentación y vanagloria. ¡Llor a quienes concibieron la generosa idea de dar su nombre a este Colegio, contribuyendo así a que un canario tan preclaro y que tanto alcanzó a descollar entre los de su época, no vaya a sumirse en la indiferencia y el olvido!